

considerado separadamente, sería una peligrosa tentación, ¿es posible que en el dictamen de los mundanos ha de ser un pasatiempo indiferente, una inocente diversion? ; Y podrá uno ser buen cristiano discutiendo de esta manera!

El evangelio es del cap. 11 de san Marcos.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Si scandalizaverit te manus tua, abscide illum: bonum est tibi debilem introire in vitam, quam duas manus habentem ire in gehennam, in ignem inexstinguibilem: ubi vermis eorum non moritur, et ignis non exstinguitur. Et si pes tuus te scandalizat, amputa illum; bonum est tibi claudum introire in vitam æternam, quam duos pedes habentem mitti in gehennam ignis inexstinguibilis: ubi vermis eorum non moritur, et ignis non exstinguitur.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Si te escandalizare tu mano, córtatela: mejor te es entrar débil á la vida, que ir teniendo dos manos al infierno, á un fuego inexstinguible: en donde su gusano no muere, y el fuego no se apaga. Y si tu pié te escandaliza, córtatele: mejor te es entrar cojo á la vida eterna, que teniendo dos piés ser echado á un infierno de fuego inexstinguible; en donde su gusano no muere, y el fuego no se apaga.

MEDITACION.

DE LAS OCASIONES VOLUNTARIAS DEL PECADO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que siempre se debe temer la ocasion de pecar, ora se busque, ora no se busque. Conociéndose la inclinacion que todos tenemos á lo malo; á vista del desórden de la concupiscencia, del atractivo de los objetos y de la impresion que hacen en el alma; reflexionadas bien nuestras reincidencias, nuestra debilidad y nuestra flaqueza, ¿quién no temerá cuando se halla en la ocasion? Temieron y temblaron

los santos, cuando el acaso, la necesidad ó la malicia del demonio los metió en alguna; no tuvieron por ajeno de su espíritu ni de su valor el ponerse pálidos á vista de un peligro, en que no se trataba menos que de perder el alma y de perder á su Dios. Aun en los mismos desiertos no se consideraban bastantemente desviados de las ocasiones; levantaron columnas para perder de vista á los hombres, por explicarme de esta manera. Pero cuando se busca la ocasion, es mucho mas digna de temerse: *El que ama el peligro perecerá en él* (Eccl. 3), dice el Espíritu Santo.

No buscó David la ocasion, y en medio de eso, un objeto peligroso, que, sin pensar en él, ni haberle tratado jamás, se le puso á la vista, trastornó á aquel gran santo. ¿Y será posible que no han de hacer la menor impresion en el alma, no han de poner en peligro la inocencia los mas tentadores objetos todos juntos, que de propósito se van á buscar, y á los cuales te expones voluntariamente y tan de asiento? ¿mudóse por ventura el corazón del hombre? ¿no nacen con él las pasiones? ¿están confirmados en gracia todos aquellos que corren apresuradamente á meterse en tan espantosos peligros? Mas ha de sesenta años (decía un venerable anciano que habia envejecido en el desierto), mas ha de sesenta años que estoy macerando mi carne, que trabajo sin cesar en domar mi cuerpo con el ayuno, con el cilicio y con las mas vigorosas penitencias, y todavia reconozco dispuestas mis pasiones á encenderse con la centella del menor peligro; y unos mozos con las pasiones extremadamente vivas, con una virtud ó muy flaca, ó acaso ninguna, con los sentidos inmortificados, naturalmente propensos á lo peor, con las inclinaciones viciosas, estragado el espíritu y el corazón; unos mozos, para quienes todo es peligro, todo tentación, van serenamente á buscar las ocasiones mas

tentadoras, se exponen á todos los peligros, corren apresuradamente á los espectáculos. Malo es no conocer su flaqueza; pero es mas digno de lástima aquel que, conociendo el precipicio, corre á él y no le teme.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el meterse voluntariamente en la ocasion es pecado mortal. Súpongamos (lo que no es verisímil) que no se heba el veneno que se prepara; la misma preparacion bastó para emponzoñar. Grande error es lisonjearse uno, y aun llegar á persuadirse que puede estar mano á mano horas enteras con aquella persona, asistir tardes y noches á los concursos mundanos y peligrosos, fijar voluntaria y curiosamente los ojos en objetos lascivos ó provocativos, leer muy de propósito libros perniciosos, asistir con ansia y con gusto á todo género de espectáculos, y persuadirse, vuelvo á decir, de que nada le remuerde la conciencia y de que en nada hubo pecado. Búscanse estas ocasiones, porque se encuentra gusto en ellas; el corazon, de acuerdo con los sentidos, intenta satisfacerse; porque vamos claros, ¿concúrrese á ellas para mortificarse, para domar las pasiones, para hacerse violencia á si mismo? ¿Podrá decir alguno que solo son unas inocentes diversiones del ánimo, en las cuales no tiene parte el corazon? ¡Lastimosa salida! ¿Quién podrá prometerse grandes victorias en unas ocasiones que precisamente busca para ser vencido? Si apenas hay fuerzas para resistir á la natural inclinacion que arrastra hácia la ocasion de pecar, ¿cómo será posible, metido ya en la misma ocasion, resistir á la violenta inclinacion que empuja poderosamente hácia el mismo pecado; y mas, hallándose ya atacado el corazon por todos los atractivos que le acompañan? El que no se puede te-

ner en pié sobre el borde del precipicio cuando ninguno le empuja, ¿cómo se tendrá puesto ya en el despeñadero, impelido con la presencia del objeto, impetuosamente movido por la pasion y solicitado vivamente por mil poderosos incentivos? De buena fe, ¿podrá ningun hombre de razon persuadirse, á menos que se quiera cegar ó aturdil voluntariamente, que no hay pecado alguno en buscar muy de propósito las ocasiones de pecar? ¿Dejará de ser temeridad meterse por gusto y sin necesidad en un mar tempestuoso, rodeado de escollos, donde naufragaron millares de millares? No se atreverian á exponerse los pilotos mas diestros y experimentados; y se entran en él sin miedo ni aprension los que se dejan llevar á merced de las olas y los vientos. Parece que los naufragios solo se hicieron para los cautos y para los prudentes, cuando los atolondrados y los disolutos se consideran seguros en medio de las borrascas. Digámoslo sin rebozo: un cuerpo muerto nada siente; el demonio tienta poco á una alma perdida, porque ella misma se tienta sobradamente á si propia; ¿ni á que fin ha de dar nuevos asaltos á una plaza que ya está rendida? Dicen que esos objetos les hacen poca ó ninguna impresion, porque están acostumbrados á ellos. Esto quiere decir, en buenos términos, que, acostumbrados ya á consentir en el pecado, ni los espantan ni les hacen novedad aquellas acciones que ya son ordinarias y familiares en ellos. Cuando la conciencia está gangrenada, no siente la culpa; pero á una conciencia sana, solo su sombra la estremece.

Espantado estoy, Señor, y gimo íntimamente al acordarme de las ocasiones en que me metí, y de la funesta seguridad con que me mantenía en medio de ellas. Bien veis, Dios mio, la disposicion en que mi corazon se halla al presente; dadme gracia para que

mis propósitos sean eficaces, y para que ningun motivo humano sea capaz de exponerme á las ocasiones de pecar.

JACULATORIAS.

O Domine, libera animam meam. Salm. 114.

¡Oh! Señor, libra mi alma de toda ocasion de perderte.

Ecce elongavi jugiens, et mansi in solitudine. Salm. 54.
Resuelto estoy á retirarme del mundo, á esconderme en la soledad por huir de los peligros.

PROPOSITOS.

1. *El que ama el peligro, perecerá en él*, dice el Sabio. Vanamente y aun injustamente se echa la culpa al tentador y á la tentacion; poca necesidad tiene el demonio de sus artificios, y no ha menester cansarse mucho para pervertirnos; mas almas tienen en el infierno las ocasiones de pecar en que voluntariamente se pusieron ellas mismas, que las mas violentas tentaciones; ni todas las máquinas del tentador son capaces de condenar. Convienen todos en que el mundo todo es peligro: objetos, modas, trajes, juegos, juntas, diversiones, conversaciones y hasta el espíritu del mismo mundo, todos son lazos. Y en medio de eso, se exponen á ellos, corren á ellos y en ellos pasan los mundanos la mayor parte de la vida, sin temor, sin preservativos, con el espíritu ya vencido, con el corazón estragado, contentándose con decir en tono lastimero: *Muy dificultoso es salvarse un hombre en el mundo; Dios se apiade de nosotros.* Prepárase el veneno con cuidado; vase bebiendo á sorbos, ó á tragos; y despues muchas quejas de que escorta la vida, de que se muere la gente en lo mejor de la edad, de que Dios nos da poca salud. Aprovechate de la locura de tantos

otros y acaso tambien de la tuya misma; ten horror á todo cuanto te pueda ser ocasion de pecar, y estremécete en este particular hasta de la misma duda. Nunca digas: vime en tal ocasion, y no caí. No todos los venenos causan convulsiones ni inquietudes; los mas perniciosos son aquellos que menos se sienten. Basta que la persona, que la concurrencia, que el lugar sea ocasion próxima de pecar, para que efectivamente se peque solo con ponerse en ella. Huye todo lo que puede vulnerar la inocencia; huye todo lo que tiene asomo de peligro; huye todo lo que puede servirte de tropiezo; huye todo lo que tienta ó te puede tentar.

2. Por mas que el mundo quiera justificar sus usos, sus modas, sus diversiones, sus pretextos de atencion, de buena crianza, de decencia; engaño, ilusion, error: gobiernate por principios mas cristianos, y no te dejes alucinar voluntariamente. Está el mundo sembrado (es verdad) de ocasiones, de peligros de pecar; pero en tu mano está evitarlos. Ocasiones son muy peligrosas los espectáculos, los bailes, los saraos; esas casas de juego públicas, esas tablajerías, donde concurren todos los ociosos y toda la gente libre del pueblo; esas tertulias, de donde está desterrado para siempre el espíritu del cristianismo; esas largas, estudiadas, cultas y cortesanias conversaciones con personas de diferente sexo; esa leccion de libros galantes ó sospechosos en materia de religion; ciertos dijes, ciertas alhajuelas, que reciprocamente se regalan entre si ciertas personas; ciertos libros y ciertas pinturas, que son muy propias para avivar la pasion; ciertas visitas, ciertos dias de campo: un convite, una merienda, una persona, pueden ser para ti ocasiones de pecar; húyelas, córtalas sin dilacion, cuéstete lo que te costare. Pocos pecados hay que mas merezcan el castigo, ni que parezcan menos dignos de misericor-

dia, que aquellos cuya ocasion se busca libre y voluntariamente.

DIA VEINTE Y CUATRO.

LA NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA.

El año de 5198 de la creación del mundo, seis meses antes de la encarnacion del Verbo, hácia el fin del reinado de Herodes Ascalonita en Iduméa, el último que ocupó el trono de los reyes de Judá, fué servido el Señor de dar al mundo aquel ángel, de quien dice el profeta Malaquias que habia prometido Dios enviar delante de Jesucristo para prepararle el camino; aquel profeta, y mas que profeta, como dice el Salvador, en quien se habia de acabar la ley y los profetas; aquel santo precursor, en fin, del verdadero Mesias, cuyo nacimiento habia de llenar de gozo todo el universo, y cuya concepcion fué acompañada de tantas maravillas; aquel hombre tan extraordinario, de quien aseguró el mismo Jesucristo no haber nacido otro mayor que él entre los hijos de las mujeres; Juan Bautista, hijo de Zacarias y de Isabel, ambos de la sacerdotal casa de Aaron, á la que únicamente estaba vinculado el sacerdocio; mas recomendables uno y otro por su singular virtud, que por su antigua nobleza. Eran justos delante de Dios, dice el Evangelio, llenando las obligaciones de la religion y de la ley; pero no tenian hijos, ni estaban ya en edad de tenerlos; fuera de que Isabel era estéril por naturaleza.

Era Zacarias sacerdote de la familia de Abías, la octava de aquellas veinte y cuatro clases en que distribuyó David toda la descendencia de Aaron, para evi-

tar la confusion en el ejercicio de sus sagrados ministerios. Alternaban por semanas estas clases en el servicio de las funciones del templo. Al principio de cada semana se sacaba por suertes el sacerdote que habia de entrar á servir para ofrecer el incienso a Señor por la mañana y por la noche en el lugar santo sobre el altar de oro. Dispuso la divina Providencia que, en la semana que tocó á la familia de Abías, saliese la suerte á Zacarias. Entró, pues, á la hora acostumbrada en aquella parte del templo donde solo era permitido entrar á los sacerdotes, quedándose los demás en el vestibulo, ó parte mas exterior; y habiendo acudido aquel dia mayor concurso de pueblo que el ordinario, lo que hace verisimil que fuese un sábado por la noche, notaron todos que duraba la ceremonia mas de lo regular. Fué el caso que, mientras Zacarias estaba ofreciendo el sacrificio, visiblemente se le apareció un ángel en forma humana, que estaba en pié al lado derecho del altar. Al principio se llenó de un religioso temor el santo sacerdote; pero el ángel le confortó, diciéndole: *No temas, Zacarias, que mi presencia antes te ha de alegrar que estremecer: subieron al cielo las oraciones que ofreciste por la salvacion del pueblo, y Dios las oyó benignamente. Y para que no pongas duda en ello, vengo á decirte, de su parte, que tu esposa Isabel, en medio de sus años y de su esterilidad, concebirá y parirá un hijo, á quien pondrás el nombre de Juan, el cual llenará de consuelo á toda la casa de Israel. Su nacimiento será de grande alegría para tí y para todo el mundo, porque nacerá para anunciar la venida de su Salvador: será grande á los ojos de los hombres, y mayor á los de Dios; destinado para precursor del Mesias; santificado y lleno del Espíritu Santo en el vientre de su madre. Por todo el discurso de su vida guardará una rigida abstinencia; no beberá vino, ni otro algun licor de los que pueden embriagar; predicará con tanto zelo, que*